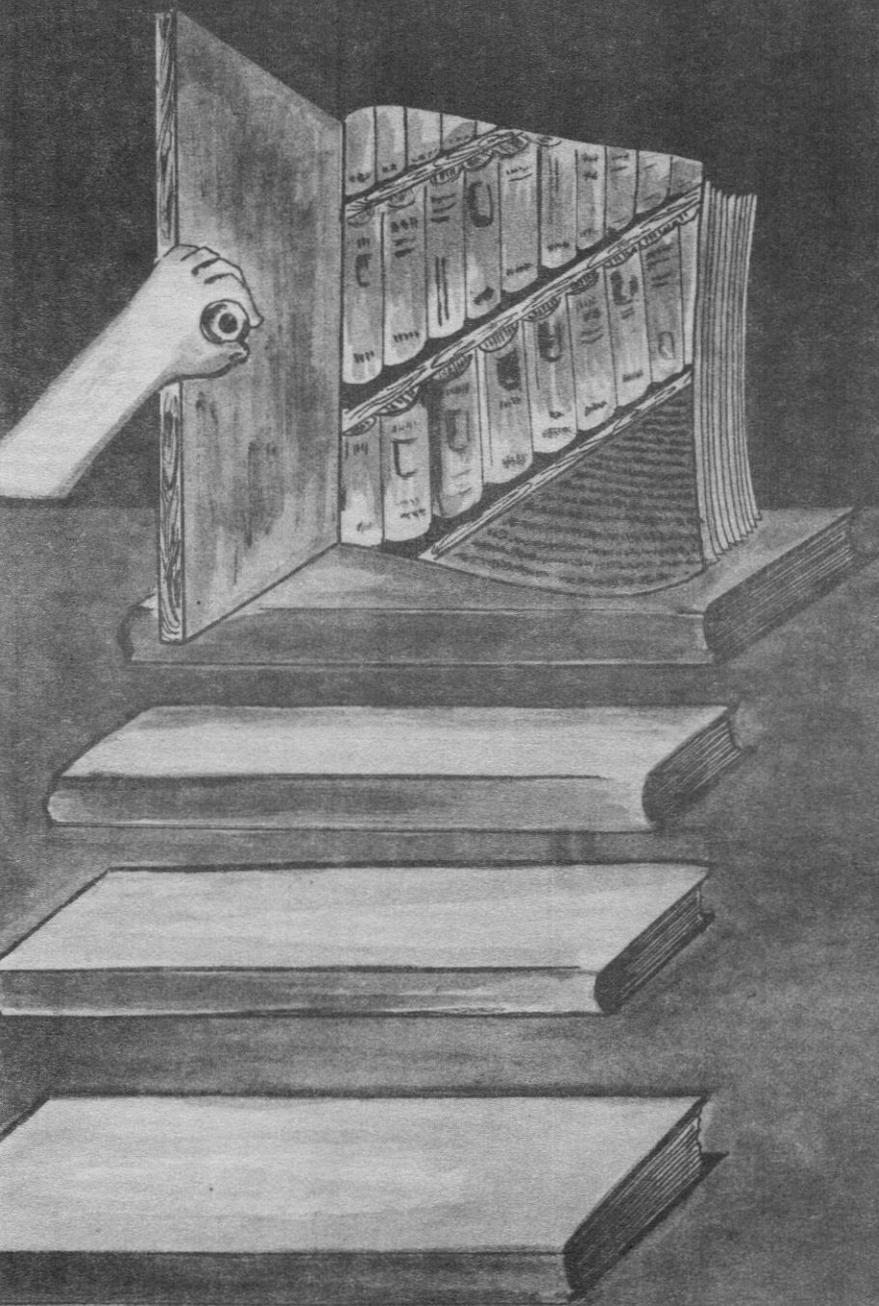


# VITRINA DE LOS LIBROS



# Comentarios bibliográficos

ISAIAS PEÑA GUTIERREZ

**OBRA: UN DÍA DE SEPTIEMBRE**

**AUTOR: ARTURO ALAPE**

**COMENTARISTA: JAIME MEJIA DUQUE**

**“Un día en que se vivió la lucha popular con la intensidad acumulada de veinte años”**

Lectores muy diversos, desde el activista sindical y el estudiante, hasta el profesor y el literato, declaran que el libro de Arturo Alape, *Un día de Septiembre*, reportaje histórico, trabajo testimonial sobre el paro cívico ocurrido en Bogotá el 14 de septiembre de 1977, “se lee como una novela”.

En realidad, a veces nos referimos así a ciertas obras históricas y de otro tipo, para significar la agudeza del interés que su lectura nos despierta. La expresión alude, pues, al estado emocional con que la lectura se efectúa, sin afectar la veracidad propiamente historiográfica del libro.

Este trabajo de Alape, típicamente testimonial e histórico-periodístico, por su rigor investigativo y sus rasgos formales se sitúa junto a lo mejor de su género —poco frecuente, además— entre nosotros. Como los clásicos de su especie, éste “enseña y divierte”. El acierto del autor estriba en el hecho innegable de haber logrado causar una tensión y un goce de signo estético en el lector que aborda esas páginas ante todo con una curiosidad informativa y política.

La ilusión de lo novelesco (ilusión ciertamente, puesto que en suma se trata de un reportaje histórico sobre sucesos estrictamente fechados), surge del manejo del material, de su ordenamiento en primer término y, luego, de las virtudes específicamente literarias de la prosa. Como se ve en la reconstrucción del testimonio de Manuel:

*“— ¡ ¡ ¡ A los vidrios!!!. Las ventanas se vuelven telarañas. Los pasajeros se paralizan, luego reaccionan al tirarse al suelo. Las ventanas transparentes. El pánico es terrible, la gente se baja, atropellándose, pasando unos por encima de los otros, gritando, no soportan el terror. De pronto se ven los vagones vacíos, sin el ajeteo de los hombres. El tren es una máquina muerta, momentáneamente. Afuera, en los andenes de la estación, siete mil personas enfurecidas y en cada mano una piedra. Es el cruce del tren entre el Atahualpa y el Pedregal. . . ”.*

En el fondo, todo intento de comunicación humana es narrativo. Hasta cuando gritamos de dolor o de pánico, iniciamos el relato de ese sufrimiento, de ese pavor. Porque nuestro grito es ya un hecho psíquico complejo y conlleva toda una operación imaginante que remite como un todo a la experiencia privativamente humana de la temporalidad. Decirnos algo es, de suyo, *ponernos a contar*. Por lo tanto, a seleccionar o elegir lo que nos parece esencial o trascendente según nuestros personales esquemas afectivos e intelectivos.

Estos hombres y estas mujeres del suburbio bogotano, a quienes Alape interroga sobre los hechos típicamente colectivos de los que ellos fueron actores mientras *sabían* apenas a medias lo que hacían, relatan con épica vivacidad lo que presenciaron e hicieron. La picaresca asoma por ahí constantemente sus puntas de oreja y ensaya su grotesco. El arrabal se torna familiar y admirable al mismo tiempo, como puede ilustrarse con el relato de Sebastián:

*“—Estoy prendiendo las llantas cuando aparece un Mercedes Benz, sobre la mitad del puente, a dos metros. Se baja un tipo alto, lleno de escudos y de vainas raras, viene hacia mí. Yo no soy nervioso por naturaleza, pero me asusto que mis compañeros reaccionen. Y el tipo me pone el revólver en el pecho. Me dice, hijueputa, terrorista, quién te está pagando por ha-*

*cer esto? Yo le dije, estamos en paro. Me retiro con un poco de miedo. El viejo me amenaza con darme un tiro. Me coge por los brazos sin dejar de apuntar y me ordena: Quíta esas llantas y bótalas al río. Debo hacerlo. . . ”*

Y con el de Mario:

“—Como la consigna era no tirarle piedras a los carros, comenzamos a pelear, así nos critiquen. Le digo a la compañera, usted tiene chicles? Y ella dijo, sí tengo, y carro que pasaba, ¡ ¡ tan!! , una pedrada. Y encontramos a dos compañeros que pasan y les pregunto para dónde van. . . Vamos a trabajar. No colaboren con la oligarquía, les dije. Entonces dijeron, nosotros estamos colaborando con el paro. Y en eso viene un carro y la compañera le hace tas, tas, y enseguida la compañera saca una piedra y ¡ ¡ ¡ pum!!!. Entonces se nos viene el ejército y yo boto la cauchera y sigo andando para disimular. Luego volvemos al barrio y nos encontramos que está lleno de F-2, que se hacen los locos. Más tarde los descubrimos, eran parejas de mujeres y hombres, que se pasean como enamorados y cuando llega el carro de la policía dicen, venga usted, sí, usted, venga acá. . . ”—

El heroísmo, como pasa siempre en el pueblo, se reviste de humor, y la muerte se reconoce como un riesgo natural, despojado de misterio, y un acontecimiento multiplicador del coraje. La muerte, allí, no es sino la levadura de esa historia que crece.

Las bajas populares que se causaron aquel septiembre del 77 y cuyos nombres —que Alape recoge— apenas decoran el anonimato compacto de las masas, se perciben por la conciencia lectora en verdadero estado de gracia novelesca. Cada una de las víctimas se nos transfigura en “personaje”. Lo cual no es una “inmoralidad” de nuestra parte, sino más bien una astucia del redactor. Alape da con ello un paso adelante en el proceso personalísimo de su escritura.

Tal es a mi juicio el mayor mérito *formal* del libro —como si dijéramos, su cualidad estructural—. El otro se nos muestra en el plano lingüístico, gracias al modo plástico y a la vez discreto como el redactor asume y jerarquiza en su texto el habla genuina de sus testigos. Su colorido y su vigor se preservan. La operación de síntesis y de organización que Alape ha realizado con los relatos parciales, respeta en cada momento la originalidad y el tono de la expresión po-

pular. Y, a otro nivel, su manejo de las distintas secuencias de los sucesos alcanza la eficacia cinematográfica de los buenos filmes políticos. Un director de las ejecutorias de un Kosta Gavras sacaría de allí algo imponente, sin duda.

Lo más apasionante desde el punto de vista literario, en este trabajo, es que cada episodio verídico de los que lo integran es susceptible de desarrollos novelísticos. Sentimos ahí a cada paso la tentación de arrebatarle la palabra al respectivo testigo y transformarlo en Narrador. Es decir, se nos ocurre de pronto dar el salto, propio de la literatura como tal, de lo Verdadero (coto de caza de la ciencia histórica) hacia lo Verosímil (insondable horizonte de la Novela).

Con toda sindéresis —y a la vez en todo su derecho de hombre de izquierda—, el autor consigna en las páginas introductorias su interpretación histórica y política de los sucesos que cuenta. Así, dentro del texto propiamente dicho, se ciñe con objetividad a su propósito de rendir testimonio, para futuros estudiosos, de una memorable jornada en el ya largo calvario de nuestras protestas populares. Rara vez aparece con tal relieve y late con pulso tan vivo la realidad de la lucha de clases. Quien lea *Un día de Septiembre* sin prevenciones, e inclusive partiendo de la mayor ignorancia imaginable acerca de las cuestiones sociales, se verá arrastrado de conmoción, hasta la evidencia última. Tendrá al fin que abrir los ojos y decirse: la lucha de clases SI existe y TAMBIEN hay que creer en ella.

**OBRA: LA DECADA SOMBRÍA**  
**AUTOR: FERNANDO AYALA POVEDA**  
**COMENTARISTA: LIRIAN MARULANDA**

Una muy merecida ubicación tuvo la novela *La Década Sombria* de Fernando Ayala Poveda, en el Concurso Plaza y Janés de 1979. Ella en toda su extensión hace un recorrido por los diferentes tópicos de lo que significa *La Violencia* y sus connotaciones temáticas, situacionales, espaciales, afectivas, religiosas, sexuales, etc.

La anécdota es muy sencilla, en tanto el narrador nos lleva casi de la mano, mostrando las diferentes facetas de la violencia como de la vida de un grupo de personajes que la vivencian a cada momento: la novela empieza y termina en la violencia.

Es necesario destacar algunos aspectos sobresalientes, para así poder dar una visión del texto: el tratamiento del concepto espacial no está determinado por unos límites ni regionales ni geográficos; es un espacio universal, es un territorio que bien podría estar ubicado en Colombia como en cualquier país de América Latina, puesto que el narrador nos relata la historia de algo que pasó, que está pasando o que pasará en Colombia o en cualquier región de América, es decir, que desde el punto de vista espacio-temporal hay una universalidad en la historia que nos lleva a pensar que todo lo narrado hace parte de los aconteceres míticos de un pueblo que lleva el estigma de la violencia en la sangre.

Los personajes actantes poseen tal caracterización y carga simbólica, más por lo que significan y quieren significar que por lo que realmente son; así tenemos a *Desvelo* que crea todo un movimiento de defensa —un tanto anárquica—, contra los rurales, la policía y el ejército; de un pueblo víctima de las contradicciones políticas de aquellos que detentan el poder. *Desvelo*, haciendo eco a la connotación significante de su nombre, aunque muere en un enfrentamiento trágico para su pueblo y los Desvelistas, sigue teniendo presencia en la evocación vivencial, deja de ser personaje de una novela y pasa a la esfera de la evocación vivencial del relato mítico, es decir, la historia y las enseñanzas del héroe siguen teniendo presencia aunque las condiciones “reales” hayan cambiado.

A partir del hecho histórico de la muerte de *Desvelo* el narrador comienza a contarnos, en lo fundamental, dos historias paralelas aunque por ningún motivo independientes, puesto que ellas están enmarcadas dentro de la violencia como tema recurrente y parten de un mismo hecho histórico: la muerte del héroe. Francisco Paúl, apenas un adolescente que no ha conocido la felicidad del abrazo materno, se ve obligado por las circunstancias, a vengar la muerte del héroe. Y es este hecho y su ingreso obligado al campo de concentración de “Carantamaula” el que hace que el gran DIESTRO empiece a tomar conciencia de su vida y devenir. Todas las penalidades, enfermedades, el deseo de venganza y el ansia por salir de ese encierro, hacen que los *Diestros* —Hureña, Araucario, Bonifacio, Francisco Paul—, se solidaricen y hermanen a tal extremo, que terminan por ser una entidad mítica indivisible seguida por el grupo de los *99 Incondicionales*. Francisco Paúl sublima su imagen mítica cuando se funde con *Manuel del Carmen*, el Ave Fénix, que lo acompaña y hace inmaterial, con presencia y ausencia en todas partes, el dios salvador de la miseria, el único que puede

destruir a los causantes de la violencia y reivindicar al pueblo. He aquí la otra historia.

Con la muerte de *Desvelo*, también tiene presencia aquella otra entidad llamada *La Bandera*, insignia de la maternidad, la fuerza y la dulzura; rodeada y a veces guiada por la tradición de su pueblo, por el sustento histórico, por el saber mágico-religioso de *Las Julianas*, aquellas ancianas que todo lo saben y temen y que ven pasar la historia como parte de su propia historia. *La Bandera* no es una mujer, ella es otro ser mítico que hace parte activa de esa leyenda en donde todos la aman desean y no alcanzan, no logran poseerla como mujer.

En derredor de estas entidades gira la violencia como concepto abstracto y su materialización: en primera instancia se visualiza la reacción anárquica de defensa de un pueblo campesino que están matando, asesinando y torturando por contradicciones y enfrentamientos políticos que ellos desconocen pero sufren; lo único que los campesinos saben es que tienen que huir a las montañas antes que los exterminen. Allá en los riscos y páramos descubren que no están solos, hay un grupo de hombres armados dispuestos a morir por su tierra, por la solidaridad y el compañerismo, por la organización familiar.

El Guía-Héroe *Desvelo* y su insignia *La Bandera* son los encargados de llevar este pueblo por los senderos más abruptos de la historia, hasta encontrar una organización social donde al lado del azadón y el arado se halla el fusil: desconocen la paz, han nacido y vivido en la guerra.

El vengar la muerte de sus padres hermanos es motivo de unidad indivisible en los *diestros*; ellos se lanzan a la lucha como bestias, arrasando y destruyendo todo lo que encuentran a su paso, pero llega el momento en que el viejo *Andrés* les enseña el calor humano, el valor del trabajo y lo importante que es tener tierra e ilusiones. He aquí el motivo de la toma de conciencia de estos cuatro hombres que ya saben por qué luchar: la tierra. Y con este ideal se lanzan a enfrentarse a la policía, al ejército o los terratenientes, no importa quién los represente, lo único válido es reivindicar al pueblo, devolverle sus tierras y construir una nueva historia, utilizando los medios y mecanismos que sean necesarios.

La muerte del héroe los reafirma en la historia mítica de sus pueblos. El lenguaje evocativo y las leyendas no permiten que ellos desaparezcan, por el contrario su recuerdo se reafirma como un ideal de lo que es y de lo que tendrá que ser ese pueblo en el futuro: la semilla ha sido sembrada, sólo falta esperar a que germine y produzca frutos.

Esta es sólo una aproximación temática a *La Década Sombría*, puesto que son tantos los tópicos tratados y la universalidad que ella encierra, que sería necesario desglosar el texto en los posibles análisis que él permite: estructural, simbólico, sociológico, mágico-religioso y otros tantos como podría ser el histórico. Después de vivenciada. Esta *Década Sombría* sólo resta decir: "Es una gran novela, es la historia de un pueblo que en la sangre lleva el estigma de la violencia, y es la leyenda de un héroe mítico que la tradición no permite olvidar".

**OBRA: LAS BOCAS DEL AMOR**

**AUTORA: ANABEL TORRES**

**COMENTARISTA: ISAIAS PEÑA GUTIERREZ**

Tal vez fue en *Acuarimántima*, la revista de poesía de Elkin Restrepo y José Manuel Arango y otro grupo de escritores antioqueños, donde vi por primera vez el nombre de Anabel Torres. Pero solamente vine a leerla de cuerpo entero en este año con motivo de la aparición de su tercer libro, *Las bocas del amor* (Bogotá, 1982). Entonces, tuve la oportunidad de conocer la fotocopia de su primer libro publicado por la Universidad de Antioquia en 1975, premiado en 1974 en un concurso de la Universidad de Nariño y cuya edición todavía siguen debiéndosela. Ese libro, *Casi poesía*, era una voz arrogante, atrevida, desbordada, que preguntaba "cómo serán las uñas de las hadas/ cómo serán los besos de las aves/ de qué color es la alfombra del alba/ dónde conversan todos los domingos", y que —como en todo primer libro— se plantaba ante el mundo para decirle, "Vengo de esperar cinco buses/ llevo un orangután vacío sobre el hombro/Vengo de esperar la luna/ Siento frío/ Voy no sé para dónde/ Tengo prisa". Finalmente, pedirá que no la lloren. Ese temperamento no lo ha perdido y su poesía resulta de una permanente confrontación entre su airada visión del universo y la inefabilidad de un siglo que comienza a terminar a espaldas del hombre y de la poesía.

El segundo libro, *La mujer del esquimal*, ganó el segundo premio del concurso de la Universidad de Antioquia en 1980, y siendo un tanto desequilibrado tiene poemas que continúan la línea de *Casi poesía* y que afianzan a su autora en unas formas expresivas muy personales. "El sol en cambio", "Estrella tu puño", "No susurrando adioses a los muertos", "Cuanta soledad en las corbatas", "Era tibia", "Desatada sobre el día", "El día es azul fundido", "Esa película de segunda categoría", "Derretidos me miran", "La entrada sigue vacía", son poemas excelentes de este libro. Y su final "Canto en la garganta poderosa de la vida" anuncia su tercer libro ("porque de la muerte/parió la vida/ esta vida que canta").

Ese tercer libro, *Las bocas del amor*, suman a la beligerancia de Anabel Torres una actitud vital impresionante. Y confirma en ella ciertas cualidades extrañas en la poesía de las últimas generaciones: saber recoger el conflictivo mundo familiar, las difíciles relaciones caseras, la vida interna con los niños, sin caer en el prosaísmo y sin perder la poesía. Es decir, la poesía como parte de la vida misma, o a la inversa, la vida sentida en su rutina o en sus tragedias como una poesía. Se pasa de las intimidades del poeta encerrado a las exterioridades del poeta encerrado. Los sueños infantiles, las pesadillas de los muñecos, la sensualidad de la mujer, las ganas de vivir, las afrentas del siglo XX, la risa que es llanto, y una dimensión "anabelista" del mundo y de las cosas, hacen de *Las bocas del amor* un libro importante entre los publicados en 1982. Es más, la síntesis que logra Anabel Torres entre los conflictos personales, el mundo externo y el aparato expresivo, es tan personal, que difícilmente puede uno comunicarlo al lector. Es necesario, simplemente, leerla y releerla. Y gozar de sus sorpresas: "A los cinco años de muerta/ la voz de mi madre/ entró en mi pecho/ y canta". Así son *Las bocas del amor*.

**OBRA: LIBROS DE CASA DE LAS AMERICAS  
COMENTARISTA: ISAIAS PEÑA GUTIERREZ**

*La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, de Omar Cabezas Lacayo, premio testimonio 1982, es la historia de un sandinista desde su ingreso al FSLN hasta el triunfo de la revolución en Nicaragua. Omar Cabezas nació en León en 1950 y actualmente es funcionario del Ministerio del Interior de Nicaragua. Su libro ha sido una sorpresa por cuanto Cabezas no lo escribió sino

que fue grabándolo como si se tratara de una entrevista y luego lo convencieron para que lo transformara en libro.

*Un oscuro pueblo sonriente*, de Pedro Juan Soto, premio de novela 1982, "es una madura interpretación de la realidad puertorriqueña, con un excelente aprovechamiento de elementos extraídos de la historia, la política, la actividad cotidiana en diversas esferas de la vida del país". La novela está construída en planos superpuestos, utilizando la técnica del collage y del contrapunto. Pedro Juan Soto nació en 1928 y es un reconocido narrador de Puerto Rico.

*Las culturas populares en el capitalismo*, de Néstor García Canclini, premio de ensayo 1981, es una redefinición de las culturas populares en las sociedades occidentales. El folclor y las artesanías, lo mismo que las fiestas populares, no son lo mismo dentro del marco de producción capitalista que como lo eran originalmente. García Canclini es argentino y desde hace varios años reside en México.

*Historia y crítica literaria*, de Françoise Perus, premio de ensayo 1981, trae como subtítulo "El realismo social y la crisis de la dominación oligárquica", y trata de devolverle a la literatura "su historicidad concreta, desligándola cuidadosamente de todas aquellas envolturas metafísicas que siguen presidiendo a muchas indagaciones acerca de su 'esencia', e incluso de su 'especificidad' ". Françoise Perus había ganado el premio de ensayo en 1976 con un libro sobre el modernismo y en el cual ya comenzaba a dilucidar estos problemas de teoría literaria.

*La pasión según G.H.*, de Clarice Lispector, apareció en la colección "Literatura Latinoamericana" en 1982. Se trata de una novela extraña donde su autora propone un monólogo que recoge "la versión trágica de un personaje que asiste a la disolución de su identidad y de su condición humana". Clarice Lispector es una de las escritoras brasileras más famosas de los últimos años. Estuvo en Colombia en 1974 y murió hace pocos años.

*Ismael*, de Eduardo Acevedo Díaz, es la novela del gaucho, una obra violenta y hermosa, en la que se entrelazan de manera magistral los destinos individuales y colectivos, las pasiones de los protagonistas y esa gran pasión que fue la lucha por la primera independencia en el Río de la Plata. Acevedo Díaz, uruguayo, nació en 1851 y murió en 1921.

**OBRA: REFLEXIONES SOBRE EL PERIODISMO  
COLOMBIANO  
AUTOR: OTTO MORALES BENITEZ  
COMENTARISTA: ISAIAS PEÑA GUTIERREZ**

Desde cuando las cartas y las razones que volaban en veloces corceles dejaron de ser el mejor vehículo para dar cuenta de los acontecimientos o de las frivolidades que sucedían en lugares separados por medianas o grandes distancias, y la imprenta absorbió dichas funciones dando paso a la noticia de prensa, el mundo no ha podido ponerse de acuerdo en cuanto a sus límites y propiedades. Quiero decir, cada quien, según la sociedad en que se encuentre y según la época, ha advertido sus particulares normas de información y prensa. De ahí la presencia y la utilidad de los simposios internacionales sobre la materia, y de ahí el interés por libros como este, *Reflexiones sobre el periodismo colombiano* de Otto Morales Benítez, editado por la Universidad Central de Bogotá, donde el tono polémico de su autor corre paralelo al conocimiento de la historia y de los problemas actuales del periodismo mundial.

En el período de su presidencia de "Andiarios", Otto Morales Benítez escribió páginas magistrales sobre los principios y la naturaleza del ejercicio periodístico. En ellas dilucidó por qué el Estado no debe manejar omnímodamente la información periodística, por qué ni el dinero ni las presiones privadas tampoco deben interferir la comunicación de la noticia, por qué no son recomendables las cadenas de diarios, por qué los monopolios capitalistas pueden ser una grave amenaza para la libertad de información, y por qué, en fin, toda proyección de rasgos mafiosos —vengan de donde vinieren— pueden en un momento determinado sumir al ciudadano común en el oscurantismo de la sociedad sin prensa libre. Esas conferencias —que no son discursos, sino ensayos reflexivos, muchas veces casi didácticos—, "Función democrática de la prensa", "Libertad de imprenta y las normas éticas de los periódicos", "Defensa de la libertad de opinar y de informar", "Los nuevos deberes democráticos de la prensa", "La prensa, las agencias de publicidad y la democracia", "Misión social y cultural de los suplementos literarios", "La prensa y las dictaduras", "Elogio de la prensa de provincia", parece que hubieran sido escritas con destino a un libro que él ya tenía en mente. Como dice el doctor Jorge Enrique Molina, de la suma de esos ensayos resultó un libro de mucho provecho para el país y para los estudiantes universitarios.

La segunda parte del volumen lo conforman cuatro grandes ensayos sobre temas particulares, uno de los cuales, "Don Gabriel Cano, un espectador con cinco en conducta", ya conocíamos en el libro *Apuntes de un Espectador*. Los otros, "Coloquio sobre los temas que amaba José Restrepo Restrepo", (una verdadera clase de historia), "El Colombiano: 70 años", y "El periodismo y la literatura", prólogo al libro de Héctor Moreno donde analiza los géneros periodísticos, complementan sus reflexiones liberales sobre la prensa colombiana y del mundo. También aparecen en el libro, un texto sobre León de Greiff, sobre Alegre Levy, y un reportaje al autor hecho por Fernando Avila para la revista *Arco*.

El volumen, que es historia y es análisis participante de gran actualidad, está prologado por el también periodista y escritor, Rafael Santos Calderón.

## **OBRA: HISTORIA DE LAS IDEAS DE INTEGRACION DE AMERICA LATINA**

**AUTOR: JAVIER OCAMPO LOPEZ**

**COMENTARISTA: ISAIAS PEÑA GUTIERREZ**

Lo que quiso Bolívar para Latinoamérica, como continente aglutinante de varias nacionalidades, lo fue desde un principio Estados Unidos y la Unión Soviética muchísimos años después. En cambio, nosotros cada día nos fuimos perdiendo en una folclórica explosión demográfica de paísetos y en querellas nacionalistas absurdas. Las razones son hoy más claras que antes, pero aún las gentes las desconocen. Por otra más sencilla razón: las gentes pueden concursar sobre la vida de Napoleón o de Lenin, sobre la historia de todas las guerras mundiales y de todas las mitologías asiáticas, pero ignoran absolutamente la historia de nuestra casa, Latinoamérica. Y de nuestras patrias chicas (realmente "chicas") más nos enseñaron de sus rencillas que de sus pensadores en grande.

Sin embargo, existe una historia hermosa por debajo (o por encima) de ese tiempo y esa disimulada realidad. La identificación de nuestros nombres como países y como continente tuvo su proceso contradictorio y la idea de una América Latina integrada se debatió arduamente por nuestros primeros movimientos populares y por los precursores y libertadores del siglo XVIII y XIX. Francisco Miranda, Juan Pablo Viscardo, Antonio Nariño, José Cecilio

del Valle, Melchor de Talamantes, Juan Martínez de Rosas, Manuel Belgrano, Bernardo Monteagudo, José de San Martín, Artigas, O'Higgins, Miguel Hidalgo, José María Morelos, Andrés Bello, etc., propusieron y lucharon por una América Latina unida ante Europa y Norteamérica. En uno de ellos, en Simón Bolívar, la búsqueda de una americanidad, su por qué y su cómo y la aplicación de un modelo auténtico, fueron muy claros. Solo que la integración regional de América Latina fue erosionándose a medida que el nacionalismo regionalista aupado por fuerzas externas e internas —que sirvieron sus particulares intereses, hoy muy fáciles de detectar— nos convertía en un mosaico de repúblicas maleables y dependientes. Sin que ello —porque jamás la historia ha sido lineal— impidiera la ebullición de otro gran grupo de intelectuales y políticos que a finales del siglo pasado y principios de este continuarán polemizando acerca de nuestra naturaleza cultural latinoamericana, tales como Andrés Bello, Vicente Rocafuerte, Juan Bautista Alberdi, Domingo F. Sarmiento, Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria, Juan Montalvo, Hostos, José Martí, Carlos Arturo Torres, José Enrique Rodó, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Ezequiel Martínez Estrada, José Gaos, y tantos otros nombres que permanecen en el limbo en este azaroso tránsito entre las dictaduras y la lánguida democracia latinoamericana.

Todo este camino, de ansioso repaso y búsqueda de nuestra incipiente identidad, ha sido expuesto con rigor, con mucha claridad, con amenidad y con valor por un historiador y pensador colombiano que ya habíamos leído en el ya famoso *Manual de Historia de Colombia* de Colcultura y en otros libros. Me refiero a Javier Ocampo López, caldense de Aguadas, doctorado en México y hoy investigador y director del Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Integración de América Latina con sede en Tunja, donde con el apoyo de la Editorial Bolivariana Internacional que dirige Vicente Landínez Castro, ha publicado esta magnífica *Historia de las ideas de integración de América Latina*, otro paso más en la desconcertante (y apasionada) peregrinación hacia la integración latinoamericana. maravillosa utopía que aún nos mantiene en la vigilia.

**OBRA: LOS EXTRAÑOS TRAEN MALA SUERTE**  
**AUTOR: JOSE LUIS GARCÉS GONZÁLEZ**  
**COMENTARISTA: ISAIAS PEÑA GUTIERREZ**

La carrera literaria de José Luis Garcés González, monteriano de

pura cepa, ha sido tan lenta y difícil como exitosa. Sus cuentos han sido premiados en concursos nacionales y su novela *Los extraños traen mala suerte* fue finalista en el pasado Premio Jorge Isaacs, pero solo ahora siente uno que su imagen comienza a deslumbrar a los esquivos lectores colombianos. Cuando apareció su primer libro de cuentos, *Oscuras cronologías* (Montería, 1980), fui el primero en destacar sus virtudes. Ya lo había hecho cada vez que leía sus cuentos en revistas y suplementos. Y ahora él me ha dado la satisfacción de escribirle unas palabras para la solapa de su segundo libro de cuentos, *La efímera inmortalidad de los espejos*, que acaba de editarse también en Montería. Esas palabras son las siguientes.

"José Luis Garcés González te llama desde Montería y en su alien-to inalámbrico se desborda el énfasis de la tristeza.

De pronto una pausa te hace caer en cuenta de que piensa a lo hondo mientras te escucha. Sube y baja la voz para hacerte un reclamo o para pedirte un favor. Y llegas a una inevitable conclusión. José Luis ha peleado anoche con sus fantasmas. Su risa entonces es un descanso en medio de la tristeza y del desencanto de sus visiones. Y jamás te alejarás de él. Al contrario, sentirás que sus llamados fracasos (hombres y mujeres viejos untados con el metal de la tarde, profesores o pintores acabados, tantas soledades inencontradas), espantos que acentúan su aherrojada vorágine, te solidarizarán con esa pérdida de la razón. Y le oirás decir que lo perdurable del fracaso es tanto como el peso del pasado en un hombre que solo puede parcelar recuerdos. Y si haces silencio escucharás que por allá "el llanto corre lento y adrede por dentro".

Y él otra vez te habrá ganado. Así es José Luis, aunque así no lo sea. Tampoco voy a decirte que esto lo escribo porque le auguro a las generaciones venideras otro gran escritor. Cualquier nota convencional acrecentaría su tristeza (y la mía). Su primer libro, *Oscuras cronologías*, inició ese viaje hacia el interior de los gestos rudos y comenzó a despedir la mano vidriosa del ahogado. No existen disculpas para no entender su cólera y su angustia. Te digo esto porque la inútil tristeza de José Luis en su literatura es la mía. Y si ya me convertí en uno de sus personajes debo padecer su tiranía. Y él mi gratitud. Basta, Cuelgo".

*La efímera inmortalidad de los espejos* contiene 14 cuentos, trae un epígrafe general de Juan Carlos Onetti que dice: "Para mí, ya lo saben, los hechos desnudos no significan nada. Lo que importa es lo que contienen o lo que cargan; y después averiguar qué hay detrás de esto y detrás hasta el fondo definitivo que no tocaremos nunca"; la carátula es de Roger Serpa, sale con el sello editorial de "El Túnel", y se debe, en gran parte, al ex-senador, escritor y filántropo, José Manuel Vergara. El libro será lanzado en Bogotá durante el Encuentro de Escritores y Científicos Sociales, en diciembre.

**OBRA: EL CONDOR: DIMENSION MITICA DEL AVE SAGRADA**  
**AUTORA: MILAGROS PALMA**  
**COMENTARISTA: ISAIAS PEÑA GUTIERREZ**

Por encima de la libertad y el orden está el cóndor si usted recuerda todavía el escudo de la República de Colombia. Pero libertad, orden y cóndores siempre han sido un poco extraños entre nosotros. Y de los tres, el cóndor, gracias a nuestro desorden, ya no existe sino en los zoológicos privado de su libertad.

Y más todavía. Plantado en nuestro escudo el cóndor, nadie sabe absolutamente nada sobre él. Ni de su pasado mítico, ni de su presencia agobiadora a la llegada del español, menos de sus cualidades reales en su vida excepcional. Una curiosa prueba son las cuatro páginas escritas por Abelardo Forero Benavides en la introducción de este volumen maravilloso de Milagros Palma, *El cóndor: dimensión mítica del Ave Sagrada*, publicado por la Caja de Crédito Agrario. Ahí don Abelardo habla exclusivamente de las aves europeas y de la única mitología que aprendió, la grecolatina.

En cambio, Milagros Palma nos coloca frente a un cóndor en pasado y presente, con el apoyo de sus investigaciones bibliográficas y de campo por los Andes y las costas suramericanas, e iluminada con las pinturas de Obregón, Augusto y Jaime Rendón, Góngora, Claude Feuillet, Lugo, Luis Fernando Rodríguez, Oramas, con los colgantes y pectorales aborígenes del Museo del Oro, y con la talla en madera hojillada de Octavio García (que ilustra la portada). Así ha ido a la única caza concebible del cóndor hoy día: a la recuperación del cóndor como ave sagrada que fue en Améri-

ca y a la postulación de su dimensión mítica que debe tener para que pueda estar por encima del orden y de la libertad, protegiéndolos. En siete capítulos, Milagros Palma, antropóloga nicaragüense radicada en Colombia, de manera seria y sencilla, enciende —para ganarle al olvido, dice ella— la llama de los relatos míticos sobre el cóndor en las poblaciones indígenas y campesinas. Así, el aleteo del cóndor se hace firme y eterno en el mito del cóndor de oro, en el hombre-cóndor, en el cura transformado en cóndor, en el cóndor milagroso, en el tesoro del cóndor, en la mujer cóndor, y en el cóndor de la noche de los tiempos. La autora ha ido a la caza de estos mitos y como era su propósito —secundado a buena hora por Guillermo Alberto González y Enrique Ordóñez Noriega, desde la Caja Agraria los ha transformado en palabra escrita, más que por “volver al pasado”, como piensa Forero Benavides, porque esta es la mejor manera de reafirmarnos en el umbral del futuro.

Estos relatos míticos que va analizando con amenidad su investigadora, que hoy han salido en edición de lujo, debieran de publicarse en edición rústica para que circularan con el “almanaque creditario”. Sería otro homenaje al cóndor y a todo lo que en él desconocemos, y merece que el lector campesino lo reanime en sus manos. Y serviría para que todos entendiéramos por qué Alejandro Obregón sobre el mar ha creado los mejores cóndores del siglo XX. Jamás la dimensión mítica de un ave estuvo tan cerca de la dimensión histórica real de un pueblo, como en el caso del cóndor, aunque hoy sobreviva en escasos zoológicos o en las jaulas de un circo, muy en concordancia con nuestra indolencia por los valores propios y nuestro afecto proclive al solar ajeno.

**OBRA: NOCTURNOS DEL MAR**

**AUTOR: JORGE MAREL**

**COMENTARISTA: ISAIAS PEÑA GUTIERREZ**

En 1976 publicó Jorge Marel su primer libro en Bogotá. Se llamaba *Palabra en el tiempo*. Aparecía cuando él tenía exactamente 30 años de edad. En Sincelejo, donde nació Jorge, y en la prensa nacional fue recibido con entusiasmo. “Es una poesía simple, sencilla, en evidente y maravilloso estado de pureza”, es una poesía cuajada de sorpresas”, escribió entonces Germán Vargas.

Ahora, aparecen los mejores poemas de aquel libro de 1976, junto con otros escritos posteriormente, en un solo volumen bajo el título de *Nocturnos del mar*, con el sello de Tercer Mundo, también en Bogotá, donde vive actualmente el poeta.

*Nocturnos del mar* es el resultado de un trabajo dispendioso porque sencillamente, hoy no se puede escribir poesía sentimental gratuitamente. Teniendo como motivo de fondo al mar, Jorge Marel descubre nuevas facetas de la soledad, del amor y de la muerte, y no sucumbe ante las expresiones de un renovado canto sentimental. Para eso elude los rípios de la cursilería postromántica, las imágenes de otros siglos, y, en cambio, asume un tono cristalino apoyado en firmes evocaciones. El poeta avanza hasta lo más hondo de sus imágenes soñadas y las asociaciones entre el mar, las olas o el viento, con la dureza de la soledad, la irrevocabilidad del tiempo o el aleteo memorable de un amor, resultan sabiamente exactas. El poema es delicado y el lector avanza lentamente sobre él como en un recuerdo, como en la vigilia cuando un destello de luz se enfrenta a la oscuridad.

Estos nocturnos —que lo son en su más fiel versión original—, además, son variaciones alrededor de los tres grandes temas citados. Pero cada vez que nos encontramos con la soledad del poeta, con el cuerpo de una ola o con el tiempo que deviene en muerte, uno sabe que esa variación suma una nueva dentellada o un nuevo matiz. Las reiteraciones no son repeticiones en la poesía de Jorge Marel. Es tal vez un remolino que nos va hundiendo en la invocación del sueño —otro señuelo, aquí bien dosificado— para hacernos perder en un canto que suponíamos cancelado.

La nitidez, la medida y la exactitud son las armas mejores del poeta en este libro sentimental, repito, que nos regresa a una de las vetas más explotadas de la poesía colombiana desde Silva hasta Arturo, pero no siempre tan eficaz como en ellos o como en Jorge Marel. En la época de la poesía exteriorista, esta envidiable poesía nocturnal y marina, de íntimas quejas y velada protesta, de desgarradores sueños e inevitables profecías, sorprende. Y confirma a Jorge Marel.

---

ISAIAS PEÑA GUTIERREZ. Abogado, profesor y director del Taller de Escritores de la Universidad Central, crítico literario y periodista.